

La Porota

Hernán del Solar
Premio Nacional de Literatura 1968



Ilustraciones de
ANDRÉS JULLIAN.

Obras Escogidas
I.S.B.N.: 956-12-1291-9.
64ª edición: junio de 2007.

© 1981 por Sucesión de Hernán del Solar Aspillaga.
Inscripción N° 78.477. Santiago de Chile.
Derechos exclusivos de edición reservados por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.
Teléfono 8107400. Fax 8107455.
E-mail: zigzag@zigzag.cl
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo
ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio
mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia,
microfilmación u otra forma de reproducción,
sin la autorización escrita de su editor.

Impreso por Imprenta Salesianos S.A.
General Gana 1486. Santiago de Chile.

Indice

• El cuarto de Porota	7
• El secreto de Mimí	17
• El extraño viaje	31
• El Gobernador	51
• La fábrica de muñecos	59
• Planes secretos de Porota	67
• ¡Ay, los vampiros!	77
• El terror de los vampiros y otras cosas increíbles	87
• Una ceremonia solemne	99
• Aquí termina nuestra historia	105
<i>Biografía de Hernán del Solar</i>	111

El cuarto de Porota

Era un nombre demasiado largo para una persona tan menuda. Se llamaba Beatriz María Magdalena de los Angeles Osorio y Castroviejo. Y medía apenas noventa y siete centímetros. Por eso, talvez, todo el mundo prefería llamarla sencillamente Porota. Y con este nombre se la conocía en todas partes.

Era una chica rubia, de grandes trenzas de oro que terminaban en unas cintas rojas, azules o verdes, que tenían la forma de una mariposa. Los ojos de Porota eran muy claros y daban la impresión de unas bolitas de porcelana. El rostro estaba cubierto de pecas, y cerca de la boca mostraba unos hoyuelos que todos decían que eran encantadores cada vez que Porota se reía. Su nariz era corta y se empinaba hacia el cielo, como si deseara olfatear continuamente el olor de las nubes, de los vientos y de los pájaros.

Tenía unos dientes chiquitos, como de muñeca. Y su voz parecía estar siempre cantando, hasta cuando decía: "Buenos días".

A Porota le habían amueblado un cuarto propio, al fondo de la casa, y ella estaba contenta de su cuarto por dos razones: porque era suyo y porque tenía una ventana hacia el jardín. Muy a menudo se asomaba Porota a la ventana y permanecía largo tiempo mirando a los gorrones que venían desde lejos a picotear las migas de pan que ella les dejaba entre los rosales.

—¡Coman! ¡Coman! —les gritaba en cuanto los veía aparecer. Y si los gorrones no se acercaban pronto a los rosales, Porota les indicaba el camino: —¡No sean tontos! —les decía—. ¡Ahí no hay nada! ¡Vayan a los rosales! Están más allá, hacia la derecha.

Y los gorrones talvez comprendían a Porota, porque el caso es que siempre terminaban por encontrar los rosales y las migas. Saltaban entonces alegremente y se daban un festín que a Porota la llenaba de júbilo.

—¡Pobrecitos! —solía decir la niña—. Vienen del cielo y allá no tienen comida. Hay que ayudarlos para que no se mueran.



Los gorriones querían a Porota, indudablemente, y por eso no era raro verlos detenerse en la ventana de la muchachita cuando ella no estaba, y mirar hacia el cuarto a través de los vidrios. Se quedaban ahí un buen rato, como quien contempla un paisaje. Y después se marchaban felices a otra parte. De seguro, cuando llegaban a sus nidos, podían contar cómo era el cuarto de Porota, y esto era tal vez como un cuento de hadas para los gorriones chiquitos que todavía no salían solos.

¿Qué había en el cuarto de Porota? Ante todo, una cama blanca, siempre limpia. Una silla pequeñita, en un rincón. Unos cuantos muebles en que la madre de Porota guardaba los vestidos de la niña. Y juguetes, muchos juguetes por aquí y por allá.

Pero en el sitio de honor estaba Mimí. Tenía también su cama blanca, sus vestidos y varios pares de zapatos de diversos colores. Mimí era feliz y por cierto que Porota aseguraba que era su mejor amiga.

¡Cómo no iba a serlo! Mimí era una muñeca de trapo, de grandes ojos negros, de largas trenzas oscuras y de cara siempre risueña.

—¿Me quieres, Mimí? —le decía Porota.

Mimí la miraba con sus enormes ojos y sonreía. Era su manera de contestar: "Te quiero muchísimo."

Además de Mimí, vivían en el cuarto de Porota otros personajes, pero todos ellos menos importantes que la muñeca. Había, por ejemplo, una jirafa, un oso amarillo, un piano minúsculo, una cocina, un negro que tocaba el acordeón, un monito de larga cola y una mujercita de plomo que tenía una casa y cuatro gallinas negras. Hemos citado al piano y a la cocina entre los personajes por la sencilla razón que, en el cuarto de Porota, lo eran. La niña les hablaba a veces.

—¿Por qué te demoras tanto en tener lista la comida? —le preguntaba a la cocina—. Mimí está con hambre y yo no quiero que se ponga a llorar.

—Vamos a tocar una cosa muy bonita para que Mimí esté contenta —le decía al piano.

Y la cocina, después de las palabras de Porota, dejaba en un santiamén preparada la comida más sabrosa; en cuanto al piano, entendía tan bien a la muchacha que sonaba mejor que nunca cuando tenía que contentar a Mimí.

Pues bien, en este cuarto fue donde comenzó la aventura que vamos a contar. Es absolutamente necesario creerla, porque es verídica de principio a fin, como todas las historias que andan por los libros escritos por los historiadores que no mienten.

Una noche la madre vino a acostar a Porota, como de costumbre. Aguardó hasta que Porota acostó a Mimí. Después la madre la desvistió, le dio las buenas noches con un beso, y se marchó de puntillas, como si ya Porota se hubiera dormido.

Pero Porota no se dormía jamás sin volverse hacia la cama de Mimí, para decir con su voz cantarina:

—¡Hasta mañana, Mimí! No tengas miedo. Estoy a tu lado. Y a esta casa no entran ladrones ni fantasmas.

Después se volvía Porota hacia la pared y cerraba los ojos. Al cabo de unos instantes estaba dormida profundamente. Y cuando despertaba, en la mañana, lo primero era mirar a la cama de Mimí que ya había despertado.

Y aquí vamos a decir lo que nos parece tan curioso: una mañana Mimí no amaneció en su lecho.





—¡Mimí! ¡Mimí! —gritó Porota, incorporándose con rapidez.

No hubo contestación. Bajó Porota de su cama, descalza, y vino a mirar al lecho de Mimí. Estaba vacío. ¿Era posible? Y Porota comenzó a buscar a su muñeca por todo el cuarto. Le preguntó a la jirafa si la había visto, pero la jirafa no respondió, como tampoco respondieron el negro ni la mujercita de plomo.

—¡Mimí! ¡Mimí! —volvió a gritar Porota.

Se abrió la puerta y entró la madre de la muchacha.

—¿Qué te pasa, Porota?

—Ha desaparecido Mimí.

—¡Oh!, ya la buscaremos. Acuéstate, por favor, Porota. Vas a enfermarte así descalza. Hace mucho frío afuera.

—Tengo que encontrarla inmediatamente, mamá. Yo no puedo vivir sin mi muñeca.

—Seguramente la has dejado anoche en el jardín. Cuando te levantes irás a buscarla.

—No, mamá —aseguró Porota—. No la he dejado en el jardín. Estoy completamente segura de haberla acostado anoche, como siempre. ¡Oh, esto es horrible!



Porota saltó hacia la ventana y miró al jardín. Ahí estaban los gorriones, pero Mimí no estaba.

—¿Qué puede haberle sucedido, mamá?

—Nada, Porota. No le ha sucedido nada. Lo que pasa es que te has olvidado de acostarla anoche y la has dejado en cualquier parte de la casa. Ya la buscaremos. ¡Vístete ahora!

Pero Porota no la encontró durante la mañana, a pesar de buscarla afanosamente.

—¡Mimí! ¡Mimí! —la llamaba por todos los rincones de la casa.

Y nadie respondía.

El secreto de Mimí

A mediodía el padre de Porota regresó de su trabajo y entró en su biblioteca. Deseaba leer un poco antes que le llamaran a almorzar. Casi enseguida se le oyó llamar a su hija. Le pareció a Porota que no estaba bien que la llamaran mientras buscaba tan ansiosamente a su muñeca. Aquello era, sencillamente, arrancarla de una de sus más importantes ocupaciones, de su más grande e imperioso deber; pero como estaba acostumbrada a obedecer a sus padres, contestó inmediatamente:

—¡Voy, papá!

Y corrió por un pasillo, en dirección de la biblioteca. Su padre estaba sentado en un sillón, junto a una ventana, y leía. Levantó la cabeza al sentir los pasos de la chica.

—Te tengo una buena noticia, Porota —le dijo sonriendo.

—¿Has visto a Mimí? —preguntó la muchachita con voz esperanzada.

—Y tú también puedes verla. Allí está.

Porota miró hacia el sitio que le indicaba su padre. Y allí estaba Mimí, en efecto. Sentada junto a la chimenea, caídas las trenzas, abiertos los brazos, parecía descansar de un largo viaje.

—¡Mimí! ¡Mimí querida! —gritó Porota, corriendo hacia ella y tomándola luego con una maternal solicitud.

El padre había vuelto a inclinar la cabeza sobre el libro. Porota le hablaba, entretanto, a su muñeca y le daba los más extraños nombres, porque ya sabemos que el amor es así; no se contenta con un nombre único; busca y encuentra diez mil para expresarse.

Pero de repente Porota apartó un poco a Mimí, estirando sus brazos para mirarla mejor, y le dijo muy seria:

—¿Por qué me has hecho padecer tanto? ¿Quién te ha traído hasta aquí? Anoche te acosté como siempre, y esta mañana habías desaparecido. Seguramente te ha sucedido algo, y tienes que contármelo enseguida con toda sinceridad. Esta es la primera vez que me haces sufrir, y



debes prometerme que será la última.

El padre de Porota había levantado otra vez la vista y contemplaba a su hija sonriendo afectuosamente.

—Eres una madre distraída, Porota —dijo el padre—. Estás convencida de que anoche has acostado a Mimí; pero la verdad es que la has dejado en la biblioteca. Y si tú dices que has sufrido, muchísimo más tiene que haber sufrido Mimí, abandonada en la oscuridad toda una noche y una mañana. Los padres no deben hacer nunca esto. Que te sirva de lección. Y ahora, ¡déjame leer tranquilo, hijita!

Salió Porota estrechando fuertemente contra su pecho a Mimí. En el pasillo se encontró con su madre.

—¿Dónde encontraste a tu muñeca? —le preguntó la madre, deteniéndola y acariciándole la cabeza rubia.

—Estaba en la biblioteca, mamá, y no me explico cómo puede haber sido eso. Mi papá me ha dicho que soy distraída y que no me ocupo bastante de Mimí. Pero no tiene razón. Yo no he estado ayer en la biblioteca. Y estoy segura de que anoche la acosté en su cama.

—Lo principal es que la encuentres, Porota. Lo que ahora tienes que hacer es obligarla a dormir un poco. Después te lavas bien las manos y bajas al comedor, porque el almuerzo ya está servido.

Porota se fue a su cuarto, acostó a Mimí, le cantó un rato para que se durmiera y después salió de puntillas. Pero dejó ante la puerta al negro que tocaba el acordeón, diciéndole con voz muy severa:

—¡Cúidala, Pepo! No dejes que entre nadie. Si algo pasa, tú eres el culpable y te dejaré tres días sin comer.

El muñeco del acordeón no se inmutó. Sentado ante la puerta, continuó sonriendo con sus dientes muy blancos y sus ojos muy negros. Parecía decir: "Anda a almorzar sin temor alguno; conmigo no se atreverá nadie, te lo prometo".

Y así fue, realmente: nadie se atrevió a desafiar las iras del negro, pues cuando Porota terminó de almorzar y corrió a su cuarto, encontró a Mimí durmiendo todavía.

—¡Qué cansada estás! —le dijo en voz muy baja Porota—. Te dejaré dormir hasta las tres. Pero después vas a tener que contármelo todo.



A una madre no se le oculta nada.

Y bajó al jardín a darles de comer a los gorriones, que llegaron en gran número a disfrutar el goce de las blancas migas. Después persiguió riendo a una mariposa que se burlaba de ella. Por último se sentó en una silla pequeña a la sombra de un árbol y comenzó a mirar un libro de estampas. Había cosas muy bellas en ese libro: un gigante mucho más alto que un castillo, caminando en dirección a un bosque; unos jinetes que corrían, con sus perros, detrás de un jabalí; una princesa de tiempos muy antiguos que se peinaba ante un espejo de oro; un conejito que bailaba al son de una flauta tocada por su hermano mayor; una cocinera negra que barría su cocina mientras por una ventana se veía volar un pájaro amarillo.

Se entretenía mirando las estampas y temió de repente que la hora hubiera pasado. Dejó el libro sobre la silla y se dirigió corriendo hacia la casa.

—¿Dieron las tres? —le preguntó a la cocinera.

—No las he sentido; pero podemos mirar el reloj.



Al fondo de la cocina, en un mueble pequeño, había un reloj. Faltaban cinco minutos para las tres.

—¡Ah, tengo que subir! —exclamó Porota. Y echó a correr escalera arriba.

Llegó a su cuarto, quitó de delante de la puerta al muñeco del acordeón, abrió la ventana que daba al jardín, y golpeando sus manos, alegremente gritó:

—¡Mimí! ¡Mimí! ¡Se acabó el sueño! ¡A levantarse! ¡Si vieras lo lindo que está el sol afuera!

Mimí sonreía en su cama, cubierta por una colcha azul.

—¡Ah! ¡Te veo contenta, Mimí! ¡Cuánto me alegro! Te voy a poner un vestido colorado y unos zapatos verdes. Nadie va a poder estar más elegante que tú.

Y comenzó a vestir a su muñeca. Después la sentó en su rodilla y le preguntó seriamente:

—¿Qué hiciste anoche? ¡No me mientas! Vas a contármelo todo, de principio a fin, sin callar nada.

Y Mimí movió un ojo, después el otro, e hizo evidentes esfuerzos para hablar. Esto asustó



a Porota. En realidad estaba acostumbrada a tratar a Mimí como si fuera un ser vivo; pero bien sabía que era una muñeca. De modo que verla comportarse ahora como si fuera una auténtica muchachita, le causaba una impresión extraña y profunda; sintió miedo y a la vez una alegría indescriptible:

—¿Quieres hablarme, Mimí? —le preguntó en voz baja, temerosa.

La muñeca de trapo inclinó la cabeza. Sí. Deseaba hablar con Porota. ¡Ah, qué cosas tan extraordinarias suceden en el mundo!

—No. No te esfuerces tanto, por favor, Mimí. Te puede hacer mal. No me hables todavía. Tranquilízate.

Pero la muñeca estaba decidida a hablar. Ahora movía perfectamente los ojos, pero no conseguía articular una sola palabra. Salían de sus labios unos sonidos roncós, y después muy agudos, y roncós otra vez.

—Be...a...triz Ma...rí...a Magda...le...na de... los... Ange...les...

—¡Oh, no, por Dios! ¡No digas ese nombre tan largo, Mimí! No vas a acabar nunca —la interrumpió Porota, al advertir con cuánto esfuerzo



lograba ahora la muñeca pronunciar las sílabas de su nombre.

Mimí continuaba diciendo:

—O...so...rio y Castro vi...e...jo...

—¡Mimí, Mimí, por favor, mi hijita linda, llámame Porota!

Y dijo la muñeca:

—Po...ro...ta...

Hubo un breve silencio. Mimí se había cansado. Era la primera vez que hablaba el lenguaje de la gente, y como estaba acostumbrada a pensar en el idioma de los muñecos, no tenía aún bastante soltura para expresarse. Porota, en el colmo de la extrañeza y de la dicha, la animó con estas palabras:

—¡Descansa, ahora, Mimí! Lo has hecho muy bien. Hablas perfectamente. Te ha costado mucho menos que a mí, que me demoré varios años en aprender. ¡Descansa! Después lo harás muchísimo mejor.

Mimí entornó los ojos y en sus labios se dibujó una débil sonrisa. Porota la miró muy hondamente. Le parecía estar soñando. Sin embargo, no podía equivocarse. La voz que acababa de oír era la de Mimí, su muñeca de trapo. ¡Ah,



qué felicidad la que sentiría en adelante! Podría conversar con Mimí y saber muchas cosas que tal vez nadie conocía. Porque Porota no recordaba haber oído decir que alguien conversara con su muñeca. Tal vez en algún libro se podía contar una cosa parecida; pero aquí no se trataba de libros, sino de la realidad, de la vida misma. Mimí hablaba y ahora parecía dispuesta, después de un descanso, a seguir conversando con toda naturalidad.

—Dé...jame... ensa...yarme... un... po...co...

—murmuró Mimí tras un descanso.

Y la muñeca comenzó a emitir sonidos de toda especie; de pronto parecía un violín; luego una cantante que no consigue dar la nota justa; después una corneta, y por último, una niñita que ha corrido largo rato y habla con dificultad. Así pasaron unos cinco minutos. Por fin calló la muñeca y sonrió con alegría.

—Ahora sí que puedo hablar —dijo de repente.

Porota la tomó entre sus brazos y comenzó a besarla con un entusiasmo profundo.

—¡Mimí!, ¡Mimí! —le decía—. ¡Eres encantadora! ¡Qué buena idea has tenido al decidirte a

hablarme! Nadie es más feliz que yo. ¡Cuánto vamos a conversar en adelante! Descansa otra vez un rato, y después cuéntame todo lo que quieras. Yo también te voy a contar muchas cosas.

Mimí se puso seria y dijo:

—Es un secreto, Beatriz María Magdalena de los Angeles Osorio y Castroviejo. Nadie debe saber que converso contigo. Si tú lo cuentas, tal vez no podré hablar más. ¡Y te necesito tanto!

—No le contaré a nadie este secreto, Mimí. Nadie lo sabrá, sino tú y yo. Pero voy a rogarte una cosa: no me llames Beatriz María Magdalena de los Angeles. Nadie me llama así. Cuando te oigo decir mi nombre, me parece que te refieres a otra persona. ¡Llámame Porota, como todo el mundo!

—¡Me gusta tanto tu nombre! Es largo como el de una princesa. Pero si así lo quieres, te llamaré Porota.

—Sí, sí, por favor. Es más corto y queda más tiempo para hablar de otras cosas.

—Está muy bien, Porota. Confío en que nadie conocerá nuestro secreto. Yo te hablaré cada vez que estemos solas y no haya nadie en las

cercanías. Delante de la gente seré muda como hasta hace poco rato.

—¿Y cómo has aprendido a hablar? —preguntó Porota.

—Escuchando a la gente. Me ha costado mucho, pero estoy contenta de los resultados. Hasta he aprendido palabras muy extrañas cuyo significado ignoro.

—¿Y dónde las aprendiste, Mimí?

—Oyendo hablar a tu padre y a sus amigos, cada vez que me has dejado en la biblioteca.

—¿Y qué palabras son esas? Tal vez yo pueda decirte lo que significan.

—No lo creo, Porota. Esas palabras raras son las siguientes: estratosfera, bomba atómica, economía dirigida, estrategia militar, política, penicilina y trimotor.

—¡Qué extraño, Mimí! Lo único que puedo explicarte es bomba atómica y penicilina.

—¿Y qué es eso? Me interesa mucho, Porota.

—Bomba atómica es una gran pelota de hierro que adentro tiene una fuerza capaz de dejar viva a una cabrita, pero de echar abajo a una montaña. Y penicilina es un remedio para sanar a la muerte.

—¡Lindo, Porota! No lo olvidaré nunca. Se lo contaré a todo el mundo.

—¿Cómo, Mimí? ¿Qué es eso de contárselo a todo el mundo? ¿No me has dicho que únicamente hablarás conmigo y cuando estemos solas nada más?

—Es cierto, Porota. Pero tengo que revelarte mi secreto. Todas las noches, cuando te quedas dormida, me voy sin hacer ruido a la ciudad en que viven los míos, los muñecos de trapo. Y vuelvo al amanecer. Perdóname que sólo ahora te lo diga; pero ha tenido que ser así.

—¿Y dónde está la ciudad de los muñecos de trapo? —preguntó Porota, muy intrigada.

—Esta noche lo sabrás, porque iremos juntas. He prometido llevarte —contestó Mimí.

Y no hablaron más porque en esos momentos se escuchaban unos pasos en el corredor. Porota acostó a Mimí y salió a ver quién venía. Era su madre.

—¿Estás contenta, Porota, por haber encontrado a Mimí?

—Nadie es más feliz que yo, mamá —repuso Porota, sonriendo misteriosamente.

El extraño viaje

Porota no tenía secretos para su madre; pero estaba resuelta a no contarle su aventura con Mimí. Le era muy difícil callar, sin embargo. Dos o tres veces estuvo a punto de confesarlo todo. Cuando iba a hablar, salía del cuarto en que se hallaba con su madre y se iba a cantar por la casa, pues era muy aficionada a repetir ciertas canciones que se quedaban en su memoria.

Todo aquel día estuvo nerviosa y ni siquiera se atrevía a llegar a su dormitorio. Ahora le parecía que todo había sido un sueño y temía encontrar a Mimí tan muda como antes de su sorprendente conversación. Además, se sentía inquieta al pensar que aquella noche saldría de viaje hasta la ciudad de los muñecos de trapo. ¿Cómo podría hacerlo? No conseguía imaginarlo. Y se decía que Mimí era la llamada a guiarla. Entonces, ¿para qué pensar en eso?

De vez en cuando se asomaba a la puerta

de su cuarto y decía en voz baja:

—¿Duermes, Mimí?

La muñeca no le respondía. Estaba durmiendo, seguramente. Convenía dejarla reposar. Acaso el viaje era difícil y fatigoso. Desde luego, había que partir en plena noche y atravesar inmensas soledades indudablemente. El país de los muñecos no podía estar cerca. ¿Conseguiría realizar este maravilloso viaje? Sí, lo realizaría; pero ¡qué miedo, señor, qué miedo! La noche está poblada de seres inverosímiles que andan por todas partes. Hasta se meten en los cuartos de las personas y hacen crujir los muebles, nada más que para producir espanto. Además, corretean con el viento y se trepan en todas partes: en los techos, en los campanarios, en las ventanas más altas, en las nubes." ¡Oh, no debo pensar así, porque entonces me asusto", se decía Porota. Y volvía a cantar, jugaba con el gato de la casa, iba al jardín, llamaba a los gorriones, olía las flores y las hojas verdes.

—¿No te puedes estar quieta un segundo?
—le preguntó de repente su madre.

—No puedo, mamá.

—¿Qué te sucede? ¿Por qué no vas a jugar

tranquila con tu muñeca?

Está durmiendo, mamá.

—Puedes despertarla, Porota. Éstas son horas de jugar y no de dormir.

—Está muy cansada, mamá. Anoche no estuvo en casa.

—¿Y por dónde anduvo sin tu permiso?

—No sé. Las muñecas no hablan, mamá.

—¿No hablan? Yo creo que si tú le preguntas algo, Mimí te contestará, porque es bien educada. Haz la prueba.

Porota salía del cuarto, entonces, llevándose las manos a la boca para impedir que la traicionara.

Y así fueron pasando las horas hasta que oscureció. El jardín se volvió negro, se encendieron las luces de la casa, el padre regresó de su trabajo y la madre llamó a Porota.

—Ven, Porota —le dijo—, porque voy a bañarte.

Esta era una verdadera ceremonia todos los días. A Porota le gustaba mucho bañarse. Y se hacía acompañar en la sala de baño por su inseparable Mimí, a la que sentaba en una silla, pero esta tarde no llevó a su muñeca.

—Te has olvidado de Mimí —le dijo su madre mientras la jabonaba.

—No he querido molestarla, mamá. La encuentro muy cansada y prefiero dejarla dormir.

Así, pues, el baño se efectuó sin la presencia de la muñeca de trapo. Porota quedó jabonada de la cabeza a los pies, y parecía cubierta de una piel de cordero blanquísima. Pataleó en el agua, como de costumbre, fingió que nadaba y metió un bullicio tremendo.

—No salpiques, Porota. Estás mojando el suelo.

Pero eran inútiles las recomendaciones, pues la niña estaba nerviosa y necesitaba desahogarse de alguna manera. De aquí que pataleara cada vez con mayor energía, riendo a carcajadas.

La madre la sacó de la tina y comenzó a secarla fuertemente; después la friccionó con un aceite perfumado y la llevó a su cama. Le trajeron la comida. Porota comió con apetito. Ni una sola vez siquiera se dirigió a Mimí, que estaba muy quieta en su cama de sábanas verdes con una flor bordada en un extremo.

—Y ahora, ¡a rezar, Porota!

Juntó las manos, como cada noche, y empezó:

"—Dios te salve, María..."

Recibió el acostumbrado beso de su madre, que enseguida apagó la luz y salió en puntillas del cuarto. ¡Era la noche! ¡La hora de la aventura!

Apenas Porota advirtió que estaba sola, se incorporó en su cama y dijo a media voz, temblando:

—¿Estás ahí, Mimí? ¿Duermes todavía?

—Y tú también debes dormir, Porota —le contestó la muñeca—. Yo te despertaré cuando suene la hora de irnos.

—¿Y qué hora es ésa?

—La medianoche.

—¿Y a qué hora regresaremos?

—Antes que salga el sol.

—¿Pero tendremos tiempo, Mimí, para hacer tantas cosas? Yo creo que la ciudad de los muñecos queda lejos, ¿verdad?

—Vendrán a buscarnos. No te preocupes, Porota. Duerme tranquila.

—¿Me prometes que no irás sola, Mimí?

—Te lo prometo, Porota. Ya te he dicho que he

jurado llevarte. En la ciudad te necesitamos.

—¿Y para qué, Mimí? Por favor, dímelo inmediatamente. No podré dormir si callas.

—No puedo decírtelo ahora. Otros te lo dirán por mí muchísimo mejor que yo. Por eso te pido que ahora te duermas, Porota. Yo me levantaré a despertarte cuando llegue el momento preciso.

Pero Porota, nerviosa como estaba, quería conversar, y dijo:

—Me he quedado pensando, Mimí, en las palabras raras que me dijiste hoy. Creo que podré explicarte otra: la palabra "política". Se la he oído muchas veces a mi papá. Déjame recordar lo que quiere decir.

—Ahora no, Porota. Duerme. Si porfías, no tendrás fuerza para llegar hasta la ciudad de los muñecos.

Porota sintió que debía dormirse enseguida. Se volvió hacia la pared y cerró los ojos, apretándolos con fuerza. Al cabo de veinte minutos de quietud absoluta se durmió suavemente.

Y soñó muchas cosas absurdas que a ratos la hacían reír de buena gana en su sueño. Se vio bailando una ronda con unos osos de trapo, que movían la cabeza con inmensa gravedad cada



dos o tres pasos. Después vio que un muñeco muy alto y flaco, vestido como los magos de los cuentos, le traía una estrella y la depositaba en sus manos, inclinándose profundamente. Por último, se encontró en un paisaje muy hermoso. Caminaba hacia una casita azul, de techo rojo, que se hallaba lejos. Alguien se acercaba a ella y le decía:

—Monta en mi caballo si quieres llegar pronto.

Y Porota se reía porque no había nadie a su lado. Y preguntaba:

—¿Dónde estás que no te veo?

—Soy el jinete invisible —le contestaba la voz—. Dame la mano.

Porota tendía su mano y sentía que la ayudaban muy cortésmente a subir en un caballo inmenso. Y después empezaba a galopar hacia la casita azul, pero ésta retrocedía velozmente, corriendo sobre unas ruedas más rápidas que las alas de los pájaros.

—No llegaré nunca —decía Porota.

—Así es mejor —le respondía el jinete invisible—. De otra manera, dejaríamos de galopar. ¡Y es tan entretenido!

De pronto sintió Porota que la remecían de un hombro. Despertó sobresaltada y oyó, junto a su oído, la voz de Mimí, que le decía:

—Ya es hora. Levántate.

—Tendré que vestirme —respondió Porota.

—No, porque perderíamos tiempo. Dentro de un rato estarás muy abrigada. No tengas miedo.

A través de la escasa luz que entraba por la ventana, Porota vio a Mimí junto a su lecho. Vestía su traje colorado y seguramente calzaba los zapatos verdes. Parecía impaciente y deseosa de irse.

—Levántate —dijo.

Porota tenía sueño, pero se restregó los ojos con fuerza y saltó de la cama.

—¿Y si me oyen? —preguntó Porota.

—No temas. Ya es la medianoche y todos duermen.

Porota se puso sus zapatillas y anunció que ya estaba lista para salir. Entonces la muñeca la tomó de la mano y le dijo al oído:

—¡Vámonos al jardín!

—Nos sentirán cuando pasemos por el corredor —declaró Porota—. Después tendremos que

bajar la escalera, y todos los peldaños crujen. No me atrevo.

—No necesitamos bajar la escalera, Porota. Tómate fuertemente de mi mano y cierra los ojos.

Porota sintió que caminaba por el aire. No se atrevió a abrir los ojos, y apretó con más fuerza la mano de Mimí.

—Hemos llegado —dijo la muñeca.

Porota abrió los ojos y se encontró en la oscuridad del jardín. El aire fresco de la noche le acariciaba el rostro. Casi sintió frío. Pero, por sobre toda cosa, lo que sentía era asombro.

—¿Y cómo hemos podido llegar al jardín? —preguntó.

—No te alarmes, Porota. Los muñecos tenemos nuestros secretos y ahora los comparto contigo. Si quieres saber cómo hemos llegado al jardín, te diré que bajamos por la ventana.

—¿Por la ventana de mi cuarto, Mimí? ¿Estás loca?

—Sí. Por la ventana de tu cuarto, Porota. Y por ahí entraremos a la vuelta.

Porota quiso decir algo más, pero Mimí la obligó a seguirla.

—Al fondo del jardín nos esperan —dijo.

Caminaron hasta el sitio indicado por Mimí y entonces vio Porota unas luces amarillas, muy pequeñas.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Son los faroles del coche —respondió Mimí.

En efecto, había un coche minúsculo, arrastrado por unos caballos de trapo. Junto a la portezuela aguardaba un cochero gordo, cubierto de gruesas pieles. Se inclinó profundamente al ver a Mimí, y apenas ambas subieron en el coche les tendió unas pieles muy abrigadoras. Después les colocó sobre las piernas otra piel suavísima. Subió en el pescante, azotó a los caballos y el coche partió. Sonaron unas campanillas agudas.

—Nos oirán los de casa —dijo Porota.

—No. Estas campanillas no las oye la gente. Son campanillas para muñecos y para los habitantes de la noche. No temas, Porota. Nadie nos ha visto partir y nadie nos verá llegar.

Sonaban las campanillas agudamente; pero no se oían los cascos de los caballos, lo cual asombró a Porota, que le preguntó a su amiga por qué aquellos caballos eran tan silenciosos.

bajar la escalera, y todos los peldaños crujen. No me atrevo.

—No necesitamos bajar la escalera, Porota. Tómate fuertemente de mi mano y cierra los ojos.

Porota sintió que caminaba por el aire. No se atrevió a abrir los ojos, y apretó con más fuerza la mano de Mimí.

—Hemos llegado —dijo la muñeca.

Porota abrió los ojos y se encontró en la oscuridad del jardín. El aire fresco de la noche le acariciaba el rostro. Casi sintió frío. Pero, por sobre toda cosa, lo que sentía era asombro.

—¿Y cómo hemos podido llegar al jardín? —preguntó.

—No te alarmes, Porota. Los muñecos tenemos nuestros secretos y ahora los comparto contigo. Si quieres saber cómo hemos llegado al jardín, te diré que bajamos por la ventana.

—¿Por la ventana de mi cuarto, Mimí? ¿Estás loca?

—Sí. Por la ventana de tu cuarto, Porota. Y por ahí entraremos a la vuelta.

Porota quiso decir algo más, pero Mimí la obligó a seguirla.

—Al fondo del jardín nos esperan —dijo.

Caminaron hasta el sitio indicado por Mimí y entonces vio Porota unas luces amarillas, muy pequeñas.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Son los faroles del coche —respondió Mimí.

En efecto, había un coche minúsculo, arrastrado por unos caballos de trapo. Junto a la portezuela aguardaba un cochero gordo, cubierto de gruesas pieles. Se inclinó profundamente al ver a Mimí, y apenas ambas subieron en el coche les tendió unas pieles muy abrigadoras. Después les colocó sobre las piernas otra piel suavísima. Subió en el pescante, azotó a los caballos y el coche partió. Sonaron unas campanillas agudas.

—Nos oirán los de casa —dijo Porota.

—No. Estas campanillas no las oye la gente. Son campanillas para muñecos y para los habitantes de la noche. No temas, Porota. Nadie nos ha visto partir y nadie nos verá llegar.

Sonaban las campanillas agudamente; pero no se oían los cascos de los caballos, lo cual asombró a Porota, que le preguntó a su amiga por qué aquellos caballos eran tan silenciosos.

—Son de trapo —respondió Mimí.

—¿Y vamos muy lejos ya? —dijo Porota—. ¿Cómo hemos podido salir del jardín? ¿Tendremos que cruzar muchas ciudades? ¿Es buen cochero este hombre? ¿Vamos a pasar por países muy fríos, que se nos ha cubierto de pieles? ¿Y conseguiremos ver los paisajes?

—¡Oh, Porota, cuántas preguntas! —dijo suavemente Mimí—. Lo único que puedo decirte es que no debes temer nada. Este es un cochero excelente, los caballos son muy mansos, hace frío a veces, y por eso nos abrigamos, y en cuanto a ver los paisajes me parece que será difícil, pues estamos en plena noche.

—Si no voy a ver nada, prefiero dormir otro poco, hasta que llegemos a la ciudad —dijo Porota.

—Es una buena idea. Yo dormiré también. El cochero nos despertará cuando sea preciso.

Y ambas se durmieron en el misterioso coche, mientras el cochero guiaba sus caballos por los más asombrosos parajes.

Repentinamente el coche se detuvo y Porota despertó. Mimí ya estaba despierta y hablaba con el cochero.



—Hoy hemos llegado más pronto que otras veces —decía Mimí.

—Efectivamente, señorita —respondía respetuoso el cochero—. Hoy he traído mis mejores caballos. Han corrido muy bien.

—¿Qué sucede? —preguntó Porota—. ¿Llegamos ya?

—Sí —dijo Mimí—. Pero no nos bajaremos del coche todavía. Tenemos que esperar que se acerquen los guardias.

—¿Qué guardias, Mimí? —preguntó asustada Porota.

—No temas. Son los guardias de la puerta de la ciudad de los muñecos. Ya vienen ahí. Míralos.

Porota vio venir hacia el coche a dos enormes soldados de trapo, con unas temibles espadas de madera. Uno de ellos traía una antorcha en la mano y al resplandor de ella se podía apreciar lo vistoso de los uniformes. La casaca era roja con grandes botones dorados; los pantalones, blancos. Ambos lucían unos grandes cascos dorados, con plumas.

—¿Qué camino es el de las dos nobles damas? —preguntó uno de los soldados.

—El camino de la ciudad de los muñecos —respondió Mimí.

—¿Son esperadas en ella? —preguntó el soldado, acercando su antorcha hacia el coche.

—Soy Mimí de la Esperanza —respondió la muñeca— y me acompaña Beatriz María Magdalena de los Angeles Osorio y Castroviejo.

El soldado se inclinó profundamente como ante una reina.

—¿Conque te llamas Mimí de la Esperanza? —preguntó Porota—. ¡Lindo nombre el tuyo! ¡Y no me habías dicho nada que te llamabas así!

—Tú me llamaste Mimí y en la ciudad de los muñecos me agregaron: de la Esperanza. Es más sonoro y por eso se inclina el soldado.

—Talvez por eso también has dicho mi nombre completo —dijo Porota.

—Indudablemente —respondió Mimí—. Si le digo: "Me acompaña Porota", el soldado no siente admiración alguna. Y entonces las puertas de la ciudad tardan en abrirse.

—Has hecho bien —declaró Porota—. Pero te ruego que en la ciudad no digas mi nombre más largo. Prefiero el corto, que es más fácil.

—A veces diré el largo y a veces el corto, según con quienes estemos —respondió Mimí—. Hay cosas, entre los muñecos, que sólo las entienden ellos, y los hombres cuando han crecido mucho.

—¡Qué lástima que sea necesario hablar tanto para decir tan poco! —murmuró Porota, sin darle ninguna importancia a lo que decía, por la sencilla razón de que estaba sumamente interesada con los soldados.

Uno de ellos sacó de su casaca un pito y lo hizo sonar con estridencia. Entonces el otro soldado dijo:

—Las nobles damas pueden continuar su camino.

El cochero azotó a sus caballos. Y el coche anduvo lentamente.

—¿Se han abierto las puertas? —preguntó Porota—. No las oí.

—Son las puertas de la ciudad de los muñecos de trapo —dijo Mimí, sonriendo—. Aquí todo hace mucho menos ruido que en el mundo de los hombres.

Y pasó el coche por entre las puertas. Eran enormes y estaban pintadas de diversos colores.



A Porota le gustaron las puertas de la ciudad.

Pero apenas pasaron, volvieron a cerrarse las puertas sin hacer el más leve rumor. Y aquí se asombró de nuevo Porota, pues si al otro lado de las puertas había noche oscura, aquí brillaba la luz.

—¿Qué lámparas usan los muñecos? —preguntó Porota.

—Esta luz no es de lámparas —dijo Mimí—. La noche de los hombres es día para los muñecos.

Avanzaba el coche por una calle muy ancha. A ambos lados había casas de lindos colores. Y en todas las ventanas había muñecos asomados. Por la calle transitaban otros. Algunos se llevaban la mano al sombrero cuando el coche pasaba ante ellos. Mimí les respondía con un alegre movimiento de su mano derecha.

—Eres muy popular, Mimí —exclamó Porota.

—Mi padre es el gobernador de la ciudad —dijo la muñeca.

—¿Y tu madre, Mimí? ¡Qué linda debe ser!

—Mi madre eres tú, Porota.

Esta contestación enterneció a la muchacha. Tomó a Mimí en sus brazos y la besó con alegría. Pero después, llena de curiosidad, se dedicó a

mirarlo todo por la ventanilla del coche.

—¿Y esa plaza? —preguntó Porota de pronto.

—Esa es la plaza de la Conversación Tranquila —dijo Mimí.

—¡Precioso nombre! ¡Pero qué árboles tan extraños! Parecen de trapo.

—Y lo son, Porota. ¿No te parecen lindos? No hay necesidad de regarlos y duran trescientos años y siete días.

—Tu ciudad es maravillosa —dijo Porota, entusiasmada.

En esos momentos, el coche se detenía ante la puerta de un verdadero palacio. Bajó el cochero y dos o tres veces hizo sonar la aldaba. Se abrió la puerta y apareció un criado de librea.

—Bajemos, Porota —dijo Mimí.

Entonces Porota recordó que bajo sus pieles sólo tenía un pijama. Dijo:

—No puedo presentarme así ante nadie.

—Iremos a mi cuarto y te vestiré con un traje que te tenemos preparado —declaró Mimí—. Baja sin preocuparte de los demás. Nadie te mirará hasta que no estés vestida como debes estarlo aquí.

En efecto, cuando Porota pasó ante el criado

de librea, éste inclinó profundamente la cabeza, sin mirarla.

Subieron una escalera y llegaron al cuarto de Mimí. Era igual al cuarto de Porota.

—¡Pero si es mi cuarto! —dijo la niña.

—No, es el mío —contestó la muñeca—. Lo he imitado lo mejor posible para estar siempre cerca de ti.

Y la muñeca abrió un ropero y mostró el vestido que debía llevar Porota.

—¡Qué hermoso! —murmuró la chica—. Parece hecho con el color del cielo.

—Y lo es. ¡Qué ganas tengo de verte con él!

Poco después Porota estaba vestida. Parecía una muñeca.

El Gobernador

Bajaron las dos, enseguida, por una ancha escalera y llegaron ante una puerta dorada. Mimí abrió con cuidado y luego corrió hacia el interior de la sala. Porota miró hacia adentro y vio a un muñeco alto y grueso, vestido de verde, que se levantaba presuroso para abrazar a Mimí.

—¡Hija mía! —exclamaba solemnemente.

—¡Padre! ¡Padre mío! —decía la muñeca.

Después de las naturales efusiones, Mimí se volvía hacia la puerta y decía con una gravedad perfecta:

—Padre, te presento a Beatriz María Magdalena de los Angeles Osorio y Castroviejo, llamada Porota por todos los que la quieren.

Y agregaba, señalando a su padre:

—Porota, te presento a mi padre, el gobernador.



El hombre vestido de verde se inclinaba ante Porota y le estrechaba la mano, después de besársela con respeto.

—Te llamaré Porota, como todos los que te quieren —dijo.

—Y yo te diré: gobernador.

—Llámame Pirulo —dijo el hombre—. Así me nombran en la intimidad.

Después se sentaron en cómodos sillones, ante una mesa cubierta de naipes.

—Estaba haciendo solitarios —dijo Pirulo—. Me aburre la soledad.

Y con un gesto de su mano revolvió los naipes, mientras sonreía levemente.

—¿Bonito viaje, Mimí? —preguntó—. ¿Se ha entretenido tu amiga?

—¡Muchísimo! —respondió Porota—. Es el viaje más hermoso que he hecho. ¡Y qué lindos son los soldados que están ante la puerta de la ciudad! Me siento encantada.

—Son bonitos, realmente —dijo el hombre—. Y además son valientes; pero no consiguen protegernos como todos lo deseamos.

—¿Protegerlos? —preguntó Porota—. ¿Y de

quiénes? Se me ocurre que ustedes no deben tener enemigos.

—Los tenemos, sin embargo, y muy temibles —dijo el gobernador Pirulo—. De nada nos vale tener cerradas las puertas de la ciudad. El enemigo entra y nos hace un daño espantoso.

—¿No hay manera de vencerlo? —preguntó Porota—. Yo le he oído decir a mi padre que atacar sorpresivamente da muy buenos resultados.

—No podemos hacerlo —dijo el gobernador—. Es el enemigo el que nos sorprende cada noche. Y por eso le hemos pedido a Mimí que te traiga. Sólo tú podrás ayudarnos.

—¿Yo? —preguntó Porota, alarmadísima—. Me parece que será imposible.

Y como viera en la cara del gobernador una repentina expresión de tristeza, añadió rápidamente:

—Sin embargo, haré lo que pueda en bien de todos ustedes. Me basta que Mimí pertenezca a esta ciudad.

Se alegró el gobernador y dijo:

—Si nos ayudas, Porota, quedaremos libres de nuestros enemigos. Eres la única que puede derrotarlos.

Porota sintió una súbita alegría al darse cuenta de que era tan importante; pero inmediatamente pensó que estaba muy lejos de ser tan fuerte como un soldado. Y frunció el ceño.

—¿Qué enemigos son éstos? —preguntó.

El gobernador juntó las manos sobre su vientre abultado, cerró un momento los ojos y contestó con voz ronca y triste:

—Son unos vampiros.

—¿Y qué es eso? —averiguó Porota, que no conocía esa palabra.

—Los vampiros son unos pájaros que chupan la sangre y provocan la muerte.

—¡Uy! —exclamó Porota—. ¡Qué horrible!

—Y como nosotros no tenemos sangre, nos chupan el aserrín que tenemos en el cuerpo —añadió Mimí.

—¿Y cómo han llegado hasta aquí esos vampiros? —preguntó Porota.

—Son unos vampiros de trapo, muy voraces —dijo el gobernador—. Viven en el mundo de los hombres. Durante el día duermen en una tienda de juguetes. Por las noches, salen silenciosamente y llegan hasta aquí sin que nadie lo advierta. En vano ponemos guardias en los par-

ques y en los principales rincones de la ciudad. Cada mañana amanece un guardia despanzurado y tenemos que enterrarlo entre lágrimas y sollozos. El pueblo de los muñecos está lleno de pavor. Mi cargo de gobernador me obliga a hacer algo para poner fin a este estado de cosas. Le conté a Mimí lo que sucedía y me contestó: "Porota nos salvará". Y en seguida me dijo que tú vivías, Porota, en la ciudad de los hombres y que eras bondadosa y seguramente nos ayudarías. "Tráela" —dije—. Y Mimí te ha traído.

—Sería importante saber el sitio exacto en que se encuentran esos vampiros —dijo Porota, ya convencida de que podría actuar como salvadora del pueblo de los muñecos.

Si quieres, yo mismo iré con mi hija a mostrarte el sitio en que se encuentran —dijo el gobernador. dentro de unos instantes comenzará la noche en nuestra ciudad. Saldremos enseguida y así yo podré regresar al amanecer nuestro, como podrán ustedes regresar al amanecer del mundo de los hombres.

—¡Vamos! —exclamó Porota, levantándose con decisión.

Pirulo tiró de una cuerda y lejos sonó una

campana. Poco después aparecía en el umbral un criado de librea.

—Que preparen el coche —dijo el gobernador.

Y al poco rato trepaba Porota en compañía de Pirulo y de Mimí en un coche arrastrado por siete caballos de colores.

Comenzaba a anochecer en la ciudad de los muñecos. El coche cruzó las calles sin hacer ruido. Ahora se veía poca gente. Las puertas de las casas empezaban a cerrarse.

—Todos les temen a los vampiros y toman sus precauciones —dijo Pirulo.

Llegaron ante las puertas de la ciudad y pasaron ante los soldados, que presentaron sus sables de madera, cuadrándose muy marcialmente.

—¡Date prisa! —le gritó Pirulo al cochero.

Fueron azotados los caballos y el coche comenzó a correr a una velocidad realmente excesiva. Porota había cerrado los ojos y pensaba: "Han depositado en mí su confianza. Haré todo lo posible para vencer a los vampiros".

En el cielo brillaban las estrellas. Un aire fresco galopaba por los caminos, junto al coche. Mimí había inclinado su cabeza sobre el pecho de Porota y el gobernador, en silencio, fumaba un grueso cigarro que no echaba humo.

La fábrica de muñecos

A pesar de que el viaje no fue excesivamente largo, a Porota le pareció eterno. Sin embargo, siempre se llega adonde se va. Y Porota se dio cuenta de que ya estaban muy cerca de su destino, porque le oyó decir a Pirulo:

—Ahora, más despacio, cochero, pues hemos llegado al mundo de los hombres.

—¿Estamos en mi ciudad? —preguntó Porota.

La diligente Mimí asomó la cabeza para cerciorarse del sitio en que se hallaban, y contestó:

—Sí, Porota. Estamos en tu ciudad; pero en un barrio algo apartado. Tu casa queda lejos. Hay que cruzar muchas calles para llegar a ella.

El coche avanzaba lentamente. La ciudad estaba silenciosa. No se oía el rumor de los pasos de los caballos. Pirulo se había quitado el cigarro de la boca para guardarlo en su bolsillo.

—¡Cuidado, gobernador! —le dijo Porota—. ¡Se va a quemar!

Sonrió Pirulo y respondió:

—Mis cigarros son de fabricación especial y no queman.

Entró el coche por una calle angosta. Un gato negro, al verlo, echó a correr con la cola en alto y las orejas levantadas con evidentes señales de miedo.

—¡Párate, cochero! —dijo Pirulo.

Se detuvo el coche y el gobernador les pidió a sus acompañantes que bajaran. La noche era todavía bastante negra. Pirulo se metió una mano al bolsillo y sacó una linterna.

—Caminemos un poco —dijo—. Es mejor que el coche nos espere. A veces, los gatos se asustan al verlo y se ponen a gritar, y con sus gritos corremos el riesgo de que alguien se asome a una ventana y nos vea.

Anduvieron lentamente a la luz de la linterna de Pirulo por un callejón que tenía al fondo una muralla de ladrillo muy grande y muy oscura.

—Hemos llegado —dijo el gobernador.

Y deteniéndose ante una puerta, paseó so-

bre ella la luz de su linterna. Porota pudo ver, en una plancha de bronce: Fábrica de Juguetes de Trapo.

—Esta es la fábrica de don Pedro —dijo Pirulo—. Aquí es donde el viejo hace sus muñecos y sus vampiros.

Era una casa de aspecto pobre. Tenía una puerta estrecha y una ventana que daba al callejón.

—¿Cómo entraremos? —preguntó Porota.

—Hay que tomarse de las manos —dijo Mimí—. Cierra los ojos. Porota.

Y la muchacha sintió que caminaba como conducida por unos pies que no eran los suyos. No se atrevía a abrir los ojos. Ahora se daba cuenta de que ya no estaba en la calle sino dentro de una sala. El aire era distinto y había allí un olor agrio. Sintió que Mimí dejaba de tenerla de la mano y entonces Porota abrió los ojos. Pirulo iba adelante, con la linterna encendida.

Estaban dentro de una sala bastante amplia. Había unas mesas repletas de muñecos de trapo, vestidos de las más diversas maneras. Algunos eran generales; otros pastores; los de más allá



marineros; y no pocas eran muñecas rubias o morenas.

—No despertemos a esta gente —dijo Pirulo en voz muy baja.

Siguieron caminando por entre las mesas, y vieron animales de trapo: elefantes, osos, conejos, cabras, perros, gatos, jirafas, rinocerontes y panteras.

—¿Dónde están los vampiros? —preguntó Porota.

—¡Chit! —dijo Pirulo.

Siguieron avanzando hasta llegar a la muralla del fondo de la sala. Allí había un pequeño estante de madera, completamente vacío. Pirulo se estremeció.

—Todos los vampiros han salido —murmuró en voz bajita—. Este es el estante en que viven. En estos momentos se hallan lejos, seguramente en mi ciudad, haciendo toda clase de fechorías. ¡Qué pena tan honda me da pensarlo!

Porota tomó la linterna de manos de Pirulo y examinó detenidamente el estante. El gobernador la miraba fijamente. Mimí no se atrevía ni siquiera a respirar, clavados los ojos en su amiga, que parecía pensativa.



—¿Se puede hacer algo en contra de nuestros enemigos? —preguntó por fin Pirulo.

—Creo que sí. Estoy segura de que sí —respondió Porota.

En esos momentos se escuchó un ruido raro, muy ronco y fuerte. Pirulo se dejó caer al suelo, escondiéndose debajo de una de las mesas. Igual cosa hizo Mimí y fue Porota la única que permaneció impasible, escuchando.

—Alguien duerme aquí cerca —dijo.

—Es don Pedro, el fabricante de muñecos —exclamó Pirulo. ¡Oh, quiera el cielo que no despierte!

—Está roncando con muchas ganas —dijo Porota.

Y como tenía la linterna en la mano, caminó sin tropezar con nada hasta llegar a una cortina que había en un costado de la sala. La levantó suavemente y miró hacia el cuarto contiguo. Allí había una cama y en ella dormía plácidamente, roncando como un bendito, un viejo flaco, de largos bigotes y una barba puntiaguda. Era don Pedro.

Volvió Porota al lado de sus amigos y los encontró de pie, esperándola.

—No hay nada que temer, pues duerme profundamente—dijo la muchachita—. Ya no hay nada más que hacer aquí. Podemos irnos.

—¿Y qué haremos en contra de los vampiros? —preguntó Pirulo—. No podemos irnos sin hacer algo.

—¡Pero, mi querido padre! —exclamó Mimí muy respetuosa—. ¿Qué podemos hacer contra los vampiros si no están aquí? Otra cosa hubiera sido, por cierto, si Porota los sorprende durmiendo.

—No se alarme, gobernador —murmuró Porota, con una voz tan segura que Pirulo se sintió lleno de confianza—. Tengo un plan perfectamente trazado. Mañana volveré con Mimí y haremos algo que dará mucho que hacer a los vampiros. ¡Vámonos ahora!

Volvieron a tomarse de las manos y a cerrar los ojos. Y al cabo de pocos segundos se dio cuenta Porota de que de nuevo estaban en la calle. El aire era fresco y daba una verdadera alegría respirarlo.

—¿Nos separaremos aquí? —preguntó Pirulo.

—Quiero que primero nos lleven a mi casa

—dijo Porota—. El cielo ya no es tan oscuro. ¿Amanecerá pronto?

—Sí —dijo Pirulo, después de observar las estrellas—. Tenemos que darnos prisa.

Llegaron hasta donde el coche les aguardaba, subieron y el gobernador dio la dirección de la casa de Porota. Ahora el cochero se apresuraba, de modo que no tardaron en llegar.

—Ya estamos en el jardín de tu casa, Porota —dijo Mimí.

—Bajemos, entonces.

El gobernador le dio un beso a su hija y otro a Porota, en la frente.

—¡Hasta muy pronto! —dijo—. Espero tener noticias cuanto antes.

—Las tendrá —le respondió Porota, llena de entusiasmo—. Las tendrá y muy buenas.

Partió el coche. Pirulo agitó ya lejos una mano. Después Mimí hizo cerrar los ojos a Porota y ambas treparon por el aire como si tuvieran unas maravillosas alas.

—A acostarse ahora y a dormir —dijo Porota.

—Primero tienes que quitarte el traje que te has puesto y quedarte de nuevo en pijama —le

respondió Mimí.

Así lo hizo Porota. Escondió el traje en un ropero y al poco rato dormía tan plácidamente como don Pedro, el fabricante de muñecos de trapo.

Planes secretos de Porota

A la mañana siguiente, cuando le trajeron a Porota el desayuno, la madre trató en vano de despertarla. Tuvo que remecerla con fuerza y llamarla en voz muy alta repetidas veces:

—¡Porota! ¡Porota! ¡Despierta, Porota! ¿Es posible que seas tan floja? ¡Levántate! ¡Aquí tienes el desayuno! ¡Contesta, Porota!

La muchachita abrió un ojo, luego el otro, y lanzó un bostezo descomunal.

—¡Qué sueño tengo! —murmuró.

—¿Dormiste mal anoche? —le preguntó su madre—. No me explico qué te pasa. Siempre te despiertas temprano para jugar con Mimí, y ahora quieres seguir durmiendo. ¿Quieres que te pase tu muñeca? Todas las mañanas tomas el desayuno con ella.

—¡No, mamá, no, por favor! Deja dormir a

Mimí, que está muy cansada.

Y Porota se incorporó en la cama y comenzó a desayunarse. Después se vistió de prisa y apenas estuvo sola con Mimí se acercó a ella. Pero la muñeca dormía profundamente. En vano le habló Porota. Mimí descansaba como nunca, bien apretados los ojos, durmiendo velozmente para recuperar el sueño de toda la noche.

Bajó Porota al jardín a jugar con los gorriones. Y volvió a subir al cabo de un par de horas. Dormía Mimí aún. Pero tanto se movió Porota al lado de su cama, de aquí para allá, que por fin la muñeca despertó y vio a su amiga jugando con el negro del acordeón y la jirafa.

—¿Y ustedes, por qué no me hablan nunca? —les preguntaba Porota—. ¡Es tan fácil! ¡y qué bien nos entenderíamos todos! Mimí es encantadora y se alegraría mucho de conversar con ustedes, lo mismo que yo.

—No les pidas que te hablen, Porota —dijo Mimí, sentándose en su cama—. Hablan un idioma distinto, que no entendemos. ¿No te basta con mi conversación?

—¡Ah, habías despertado! —exclamó Porota, corriendo hacia la cama de Mimí, a la que vistió



con un traje nuevo lleno de flores y de encajes.

Mimí estaba pensativa. Miraba a Porota y de repente bajaba los ojos. No decía una sola palabra.

—¿En qué piensas? —le preguntó Porota.

—En tus planes —dijo Mimí—. ¿Estás segura de que darán buen resultado? ¡Qué nerviosa me siento! Si no conseguimos vencer a los vampiros, mi ciudad va a desaparecer. ¡Es horrible pensarlo!

—No te inquietes, Mimí. Todo lo tengo pensado. Esta noche pondremos en práctica mis planes. Tengo que comprar hoy dos o tres cosas que necesito y con eso quedará todo listo para entrar en acción.

—Confío en ti —suspiró la muñeca, volviendo a acostarse.

—Si tienes sueño duerme, Mimí. Yo haré todo lo que se debe hacer. Es preferible que tú descanses. Hoy jugaré todo el día afuera para que puedas reposar. Y yo misma, después de almuerzo dormiré un poco en el jardín. En la noche tenemos que estar llenas de fuerza.

—¿Es muy difícil lo que tendremos que hacer, Porota?

—No. ¡Quédate tranquila! ¡Duerme!

—¿No me puedes decir de qué se trata? ¡Me sentiría tan feliz sabiéndolo de antemano, Porota!

—No, Mimí. Muchísimo más feliz te vas a sentir cuando estemos en la fábrica de don Pedro esta noche y les demos a los vampiros una buena lección.

—¿Y si no están los vampiros, Porota?

—¡Ojalá no estén, Mimí! Sería muchísimo mejor.

—¿Qué misteriosa estás, Porota! ¡Cuéntame un poquito!

—No, Mimí. ¡Duérmete!

Y la muñeca apretó los ojos, quedándose profundamente dormida casi al momento.

Porota salió de puntillas y volvió al jardín. A la hora del almuerzo se mostró locuaz. Hizo reír a sus padres con unas cuantas ocurrencias muy divertidas, y después llevó su sillita a la sombra de un árbol y durmió una siesta larga. Cuando despertó se fue a la calle y llegó hasta la casita de un carpintero que quedaba cerca. Habló con él largo rato, y a la salida llevaba en sus manos un paquete.

—¡Que tengas suerte, Porota! —le dijo el

carpintero riendo al despedirla.

—La tendré, con sus consejos —le respondió Porota.

Llegó a su casa, cruzó el jardín, subió a su cuarto y metió el paquete en el ropero, junto al traje que le había prestado Mimí en la ciudad de los muñecos. Mimí dormía aún sin moverse.

—¡Qué sueño tienes, pobrecita! —le dijo Porota en voz baja—. Yo, en cambio, no puedo dormir mucho. ¡Me siento tan nerviosa!

Y de nuevo llegó la noche. Porota se bañó. La acostaron, y después de tomar una sopa y de comer un buen trozo de gallina y un postre exquisito hecho por su madre, fingió que se dormía. Quedó sola en el cuarto oscuro, con Mimí, que ya había despertado.

—¿A qué hora partiremos? —preguntó Porota.

—Hasta que vengan a buscarnos a medianoche.

—¿Y cómo sabremos que han llegado?

—Es muy fácil. Cuando el reloj del escritorio de tu padre da la medianoche, yo miro hacia los vidrios de tu ventana y veo entonces la señal que hace el cochero con su linterna, al fondo del jardín.



—¿Y si nos distraemos, Mimí? ¡Sería horroroso! Yo tengo todo listo ya.

—No me distraigo nunca, Porota. Veo la señal en cuanto la hace el cochero, y jamás ha tenido que esperarme mucho rato.

—¿Y hace tiempo, Mimí, que sales en las noches?

—¡Muchísimo, Porota! Desde el día que vine a esta casa. Tú comprenderás que no puedo dejar solo a mi padre noches y más noches. Nos queremos mucho y necesitamos vernos.

—¿Te gustaría vivir con él definitivamente? —preguntó Porota, tras un silencio—. Me daría mucha pena perderte, pero tendría el consuelo de saber que eres feliz.

—Soy feliz a tu lado —le respondió la muñeca—. Además, voy a revelarte un secreto: los muñecos tenemos también un destino, como los hombres. Mientras nos tratan bien y no nos dañan, vivimos junto a los niños —que son nuestros amigos mejores— y sólo en las noches salimos a vernos con nuestros parientes. Pero apenas nos rompen y nos abandonan nos vamos a nuestra ciudad. Allí recibimos cuidados especiales y sanamos. Entonces comenzamos a vivir íntegra-

mente nuestra vida de muñecos, lejos del mundo de las personas.

—¡Qué curioso es todo eso, Mimí! Te juro que no lo hubiera sospechado jamás.

La muñeca siguió charlando largamente y contó muchas cosas a su amiga, hasta que de pronto sonó en el escritorio la primera campanada de medianoche. Porota las fue contando en voz bajita:

—Nueve, diez, once, doce...

Y miró inmediatamente hacia la ventana.

Una luz muy débil, roja, azul y verde, apareció en el vidrio.

—Nos esperan —dijo Mimí.

Porota se vistió de prisa, quejándose de haber conversado tanto y no recordar sino en los últimos instantes que debía vestirse. Pero no tardó en hacerlo. Tomó su paquete, le dio la mano a Mimí, cerró los ojos y partió por los aires, suavemente, como si soñara. Al fondo del jardín las aguardaba el cochero.

—¡Suban, nobles damas! —exclamó, inclinándose con gran respeto.

Y el coche partió de prisa.

—Vamos a la Fábrica de Muñecos de Trapo
—dijo Porota.

El cochero cambió entonces el rumbo y se
dirigió al otro extremo de la ciudad.

—¿Qué llevas en el paquete? —preguntó
Mimí.

—Ya lo sabrás —dijo Porota sonriendo.

¡Ay, los vampiros!

Cuando llegaron ante el callejón en
que se hallaba la Fábrica de Muñecos, se detuvo
el coche. Bajaron Porota y Mimí. Aquélla llevaba
su paquete entre las manos cuidadosamente, y
ésta tenía una linterna que le había pedido pres-
tada al cochero.

—Felizmente no hay nadie. Todo duerme
—dijo Porota.

Anduvieron cautelosamente hasta detenerse
ante la puerta de la casa de don Pedro. Mimí se
acercó a la ventana, encendió la linterna y trató
de mirar hacia el interior. Algo debió ver, indu-
dablemente, pues al instante se volvió a Porota
y le dijo muy nerviosa:

—No, no, Porota. No podemos entrar todavía.
Ahí están.

—¿Los vampiros? —preguntó Porota.

—Sí. No han salido aún.

—¿Crees tú que debemos esperar que salgan?



Si te atreves, entramos inmediatamente. Todo será más fácil. Si tienes miedo, esperamos y cuando se hayan ido haremos lo que tenemos que hacer.

—Prefiero esperar, Porota.

—¿Y si no salen esta noche, Mimí?

—No lo creo, Porota. Salen todas las noches. Necesitan comer.

—Me has dicho que esos vampiros chupan el aserrín que hay dentro del cuerpo de los muñecos —dijo Porota—. ¿Por qué entonces no chupan el aserrín de los muñecos que hay en la fábrica?

—Porque esos muñecos no se consideran vivos hasta que alguien los compra. Mientras están en la fábrica, es lo mismo que si no hubieran nacido todavía.

—En tal caso, Mimí, también los vampiros están como muertos. ¿O es que ya los ha comprado alguien?

—Los vampiros se diferencian mucho de nosotros. Ellos tienen sus propias leyes. Viven en cuanto están fabricados. ¡Es terrible!

Y mientras así hablaban, Mimí había tomado de la mano a Porota para conducirla hasta una puerta cercana. Apegándose a ella trataban de

pasar inadvertidas de cualquier mirada indiscreta. Pero no había para qué tomar tantas precauciones, en realidad, pues el callejón estaba desierto.

De pronto se sintió algo extraño. Fue un sonido muy leve, como el del vuelo de unas moscas. Mimí se estremeció profundamente y dijo en voz baja, cerrando los ojos:

—¡Ay, los vampiros! ¡Los vampiros, Porota!

—Dame la linterna y sostén tú mi paquete —dijo Porota.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó asustada la muñeca—. Por favor, quédate a mi lado.

Pero la muchachita le había entregado ya su paquete a Mimí y ahora tenía en sus manos la linterna. Se apartó de la puerta en que se hallaban refugiadas y se acercó a la ventana de la fábrica de muñecos, por la que iban saliendo unos pájaros grandes, de alas oscuras. Porota encendió la linterna y trató de amedrentarlos con la luz. Dieron un chillido los vampiros y alzaron un veloz vuelo. Al poco rato estaban lejos, en el cielo nocturno.

—¡Ay, ay, ay, los vampiros! —gemía todavía Mimí, cerrados los ojos.

—¡Calla! —le rogó Porota—. Se han ido ya. Los he asustado con mi linterna.

—Van a estar más furiosos que nunca y harán peores fechorías que de costumbre —murmuró Mimí abriendo por fin los ojos, pero tiritando como si tuviera un frío muy intenso.

—No temas nada, Mimí. Esta será la última vez que salgan. Te lo prometo solemnemente.

—¡Ojalá tus esperanzas sean ciertas! —exclamó Mimí, sin poder contener aún sus estremecimientos.

Porota aguardó a que su amiga se tranquilizara y cuando llegó el momento preciso, murmuró:

—Ahora, Mimí, dame el paquete y toma tú la linterna. Entremos en la fábrica. El viejo debe de estar dormido, pues los vampiros no se hubieran marchado si no fuera así.

Se tomaron de las manos, cerraron los ojos y avanzaron como por un suelo de algodón, tan livianos eran sus pasos. Y Porota volvió a sentir casi inmediatamente el olor de la fábrica. Entonces ambas abrieron los ojos y Mimí encendió su linterna.

—Tenemos que ser rápidas —dijo Porota.

Y acercándose a una mesa, dejó en ella el paquete y comenzó a desenvolverlo. Mimí la miraba con una inmensa curiosidad. De vez en cuando, sin embargo, daba unas rapidísimas miradas hacia la cortina que separaba la sala del cuarto de don Pedro, el fabricante. ¿Temía verlo aparecer? ¡Pobre Mimí, qué nerviosa estaba! Porque, en verdad, se necesitaba tener muy malos los nervios para creer que don Pedro vendría. El fabricante dormía plácidamente, como cada noche, y cada vez se oían más fuertes sus ronquidos.

Terminó Porota de desenvolver el paquete, y lo que entonces vio Mimí la llenó de estupefacción.

—¿Qué es esto? —preguntó, inquieta.

Allí había una brocha gruesa no muy grande, y un tarro lleno de un líquido glutinoso.

—Esto me lo ha dado un amigo carpintero que me conoce desde que nací —dijo Porota—. Muchos de los muebles que hay en mi cuarto los ha hecho él. Yo le conté toda la historia y me costó mucho convencerlo de que existían estos vampiros. Se reía de mí. Pero tanto le rogué que me ayudara, que me regaló esta brocha y este



tarro, y me enseñó a hacer uso de ellos.

Metió la brocha en el tarro, revolvió con ella el líquido y murmuró al oído de Mimí:

—Ahora, alumbrame bien con tu linterna.

Y las dos se dirigieron hacia donde estaba el estante de los vampiros.

—Está muy alto —dijo Porota—. Creí que era más bajo. ¿Qué haremos, Mimí?

—Busquemos una silla. Debe de haber alguna por aquí, Porota.

En efecto, había una silla, y Mimí la acercó llena de precauciones. Aunque la silla era liviana, para ella resultaba de un enorme peso. No obstante, consiguió ponerla donde debía.

Porota comenzó a pasar la brocha una y otra vez por las tablas del estante, allí donde fatalmente debían posarse los vampiros. A cada rato pedía el tarro, volvía a meter la brocha y a pasarla por el estante. Este trabajo demoró un buen tiempo. Porota hacía su trabajo con suma prolijidad, tal como el carpintero se lo había enseñando. Pon fin lo concluyó.

—Ahora, ¡que vengan los vampiros! —dijo Porota, bajándose de la silla.

Volvió a hacer el paquete, retiró la silla



de junto al estante, la colocó ante una mesa y después murmuró:

—Podemos irnos, Mimí. Creo que esta noche debemos dormir tranquilas.

Salieron poco después de la fábrica, llegaron hasta el coche y emprendieron el camino de regreso. Cuando ya se habían alejado bastante, Porota lanzó el tarro con la brocha fuera del coche.

—¿Qué haces? —preguntó Mimí.

—Ya no nos servirá de nada —dijo Porota.

Al cabo de unos siete minutos estaban en el jardín de la casa. Mimí le entregó la linterna al cochero, le envió muchos cariños a su padre, y el coche se marchó. Y haciendo lo que siempre hacían, es decir, cerrando los ojos y tomándose de las manos, volvieron al cuarto de Porota.

Podemos asegurar que esa noche durmieron muy bien.

El terror de los vampiros y otras cosas increíbles

Vamos a abandonar momentáneamente a nuestras amigas, Porota y Mimí, para esperar el regreso de los vampiros. Conviene que sepamos qué les va a suceder.

Poco a poco empezó a retirarse la noche. Algunas estrellas decidieron acostarse y cerraron los ojos, dejando de brillar. Otras caminaron por el cielo en busca de sus habitaciones. Y comenzó a aparecer una débil claridad palidísima.

Por las cercanías se oyó de repente un ruido suave. Eran los vampiros de trapo que regresaban, después de sus cacerías nocturnas. Si se les observaba bien, podía advertirse que volvían contentos. Les brillaban los ojos. Pero su vuelo era un poquito más pesado, cosa muy natural pues habían chupado mucho aserrín, y



esto es lo mismo que comer hasta hartarse o peor todavía.

Volaron los vampiros en círculo frente a la ventana de la fábrica. ¿Por qué no entraban inmediatamente? Por una razón muy clara: porque esperaban la llegada de los rezagados. Apenas estuvieron todos reunidos —eran diez, exactamente—, agitaron las alas a un mismo compás y se dirigieron hacia la ventana. Cosa curiosa: no chocaron con los vidrios. Al contrario, pues pasaron a través de ellos tan fácilmente como una persona pasa de una calle a otra. ¿Cómo lo hacían? Esto, en realidad, es un misterio. Lo único que sabemos es que todos tenían los ojos cerrados en el momento de cruzar la ventana.

Después volaron en silencio por la sala oscura llena de mesas con muñecos. Era tan callado el vuelo que ni un solo muñeco abrió los ojos para mirarlos. Iban en fila los vampiros. Y en fila se colocaron uno tras otro en el estante.

—¿Qué sucede? —dijo en su idioma uno de los vampiros cuando todos estuvieron posados en el estante.

—Algo pasa aquí, y muy desagradable —dijo otro, agitando un poco las patas y las alas.



Entonces exclamó un tercero, con voz llena de terror:

—¡Estamos prisioneros! ¡Nos han cazado! ¡No podremos salir más de aquí!

Estas palabras produjeron el pánico. Los vampiros comenzaron a hacer los más desesperados esfuerzos para libertarse de la dura cola que había colocado allí la astuta Porota. Pero inútilmente agitaban las alas oscuras y trataban de alzar las patas de trapo, pegadas a la madera como por la liga más páfida.

—¡Socorro! —gritó un vampiro, cayendo de costado a causa de los esfuerzos, y quedando pegado desde la cabeza a la cola de tres colores.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! —fueron gritando todos, por turno, y luego en coro—. ¡Socorro, que perecemos!

Pero nadie venía a socorrerles. Don Pedro, el fabricante de muñecos, continuaba durmiendo y roncando. No les podía oír en sueños, y en caso de despertar era muy posible que tampoco les oyera. Las voces de los muñecos no son perceptibles y por eso nunca sabemos cómo piensan y cómo sienten. Únicamente Porota

conocía el secreto de escuchar a los muñecos y de hablarles. Y Porota no le ha contado a nadie cómo se consigue aquello.

Así fueron pasando las horas. Llegó la mañana. se levantó don Pedro, entró en la sala y comenzó a trabajar. No les dio una sola mirada a los vampiros. Estaba decidido a no fabricar más, pues nadie los compraba.

Y así pasó el día y volvió la noche. Los vampiros trataron de desprenderse de su liga espantosa, pero no lo consiguieron. Ahora ya no tenían fuerzas para gritar. Estaban desesperados.

—¡Moriremos! —dijo uno, poniendo los ojos en blanco.

—¡Ay! ¡Y qué dulce era chupar el aserrín del cuerpo de los guardias de la ciudad de los muñecos! —suspiró otro que era goloso—. ¡Ya todo está perdido! ¡Adiós, hermosas noches de aventuras!

Entretanto, de nuevo Porota y su amiga Mimí estaban listas para partir. Dentro de tres minutos sería la medianoche. Aguardaban impacientes la señal del cochero. Y, en el instante exacto, la señal se dejó ver en los vidrios.

—Vamos —dijo Mimí.

—Llevaremos buenas noticias —exclamó Porota.

Y bajaron hasta el coche. El cochero las saludó con el respeto acostumbrado.

—Vamos a la ciudad de los muñecos de trapo —ordenó Porota.

—Serán cumplidas las órdenes de la noble dama —exclamó el cochero, azotando a sus caballos.

El viaje fue feliz. Porota se reía al advertir el entusiasmo de Mimí, que no cesaba de hablar.

—¡Qué contento va a estar mi padre! —exclamaba—. ¿Estás segura, Porota, que esta noche no saldrán los vampiros?

—Completamente segura, Mimí. Me lo juré y volvió a jurar mi amigo el carpintero. Esa cola los mantendrá prisioneros hasta el fin de los siglos.

—¿Y cuándo es el fin de los siglos?

—No llega nunca —dijo Porota, que ahora se daba cierta importancia y respondía a todas las preguntas con la seguridad de un sabio que habla de las estrellas o de los abismos submarinos.

Aparecieron de pronto las puertas de la



ciudad de los muñecos. Fueron saludadas por los guardias y se abrieron las puertas de par en par para que pasara el coche. En las calles, todos los muñecos las saludaron con su habitual cortesía. Y el coche llegó ante la casa del gobernador. Bajaron Porota y Mimí, entraron y se fueron corriendo a la sala en que Pirulo se pasaba la mayor parte de su tiempo. Lo encontraron trepado en un columpio, balanceándose alegremente.

—¡Papá! —gritó Mimí, trotando hacia él con los brazos abiertos.

Bajó Pirulo del columpio y exclamó un poco avergonzado:

—Perdone la nobilísima Porota la escena que acaba de ver. Un gobernador no debe columpiarse; pero, ¡estaba tan aburrido!

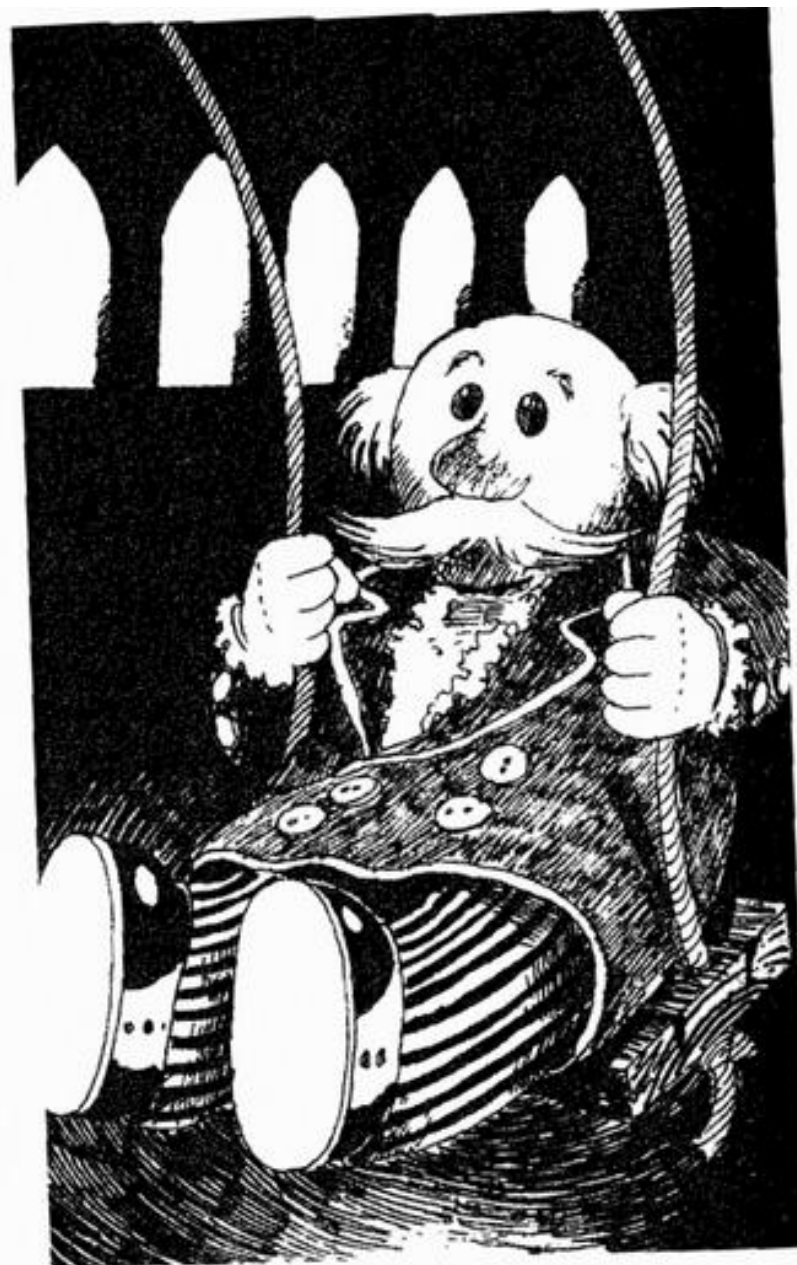
—¿Y por qué no te casas, papá? —preguntó Mimí.

Pirulo soltó la risa y dijo:

—Tienes razón. Cualquiera día de éstos elijo una esposa en la ciudad.

Pero Porota se puso seria de repente y exclamó:

—¡Hablemos de cosas serias, Pirulo! ¿No me preguntas nada?



El gobernador se rascó la cabeza, pidió que le perdonaran su involuntario olvido y preguntó enseguida con voz ansiosa:

—¿Hay novedades?

—Y muy grandes —contestó Porota—. Desde luego los vampiros ya están prisioneros. Nunca más volverán a molestarlos.

—¡Hable, hable, Porota, por favor! Soy todo orejas —dijo Pirulo.

Porota le contó cuanto había hecho la noche anterior. Pirulo la escuchaba con una atención profunda y de vez en cuando lanzaba un silbido agudo para demostrar su regocijo. Cuando Porota terminó su relato, saltó sobre ella y la abrazó muchas veces.

—¡Salvadora! ¡Prodigiosa heroína! ¡Luz de nuestras tinieblas! ¡Espada de nuestra venganza! ¡Ancla de salvación! ¡Baluarte de nuestro reposo! —exclamaba, y era tan grande su júbilo que por sus mejillas rodaban unas lágrimas de trapo de un hermoso color esmeralda.

Porota sentía la mayor felicidad de su existencia. El regocijo de Pirulo le llegaba hasta lo más profundo del corazón. ¡Qué delicia era hacer el bien!

Pero de súbito el gobernador se sintió inquieto:

—¿Estás segura, ¡oh salvadora de nuestro reino!, de que hoy no vendrán los vampiros? ¿Completamente segura?

—No vendrán hoy ni nunca más, Pirulo.

Entonces el gobernador corrió hacia la cuerda que había en un rincón y tiró de ella. Sonó una campana y apareció poco después un criado.

—Llama al general en jefe de nuestro ejército. Llama a los consejeros de la ciudad. Llama a todos los personajes de importancia. Llama... Llama...

El criado creyó que el gobernador se había vuelto loco, pues nunca lo había visto así. Echó a correr por el palacio, gritando:

—¡Todos a la sala de la gobernación! ¡Todos a la sala! ¡Todos, todos!

Se abrían puertas, asomaban cabezas, y muchas bocas preguntaban a un tiempo:

—¿Qué ocurrió? ¿Qué sucede? ¿Qué acontece?

El criado, sin dejar de correr, respondía:

—¡Novedades! ¡Grandes novedades, talvez!

¡Todos a la sala de la gobernación! ¡Todos a la sala! ¡Todos, todos...!

Y los muñecos se daban prisa en lavarse las manos, en peinarse, en ponerse la casaca o las botas para acudir a la sala de la gobernación. Al poco rato ya no cabían más muñecos en la sala inmensa. Porota se divertía viendo a tanto personaje importante que la miraba, la volvía a mirar, y aguardaba las palabras del gobernador.

Pirulo pasó una mirada grave por toda la concurrencia; guardó un silencio teatral, y dijo después con su voz más sonora:

—Lágrimas, ¡desapareced! Risas, ¡asomad!

Y en un abrir y cerrar de ojos he aquí que en la enorme sala estalló una carcajada estrepitosa. Nadie dejó de reír. Pero todos callaron al mismo tiempo, y dijo el gobernador, señalando a Porota:

—¡Celebrad a nuestro escudo! ¡Horad a nuestra fortaleza!

Los muñecos no supieron qué hacer. Entonces Pirulo dio el ejemplo cayendo al suelo y golpeándolo siete veces con la cabeza de trapo. Lo imitaron todos. Y Porota se rió al ver unos muñecos gordos que después no podían levantarse

y tenían que ser ayudados, terminada la extraña ceremonia.

Volvió a haber un profundo silencio y Pirulo, con sus palabras más escogidas, narró a los asistentes lo que Porota había hecho con los vampiros.

—¡Bravo! ¡Viva nuestra salvadora! ¡Reina de nuestra alegría! ¡Princesa de nuestro descanso! —gritaban por aquí y por allá.

Y cuando hubo silencio otra vez, Pirulo dijo:

—¿Qué hacemos ahora, Porota?

La muchachita se sintió cohibida. ¡Hablar delante de tanta gente, Señor! Pero Mimí la animó apretándole suavemente una mano.

—Hay que traer acá a los vampiros —dijo Porota.

Inmediatamente se presentó el general en jefe del ejército y se cuadró ante Pirulo, que le dio las siguientes órdenes:

—Toma los vehículos más veloces y márchate con los granaderos más rápidos y más esforzados. Los vampiros están prisioneros y sin fuerzas. Hay que traerlos acá.

—Los traeremos vencidos y humillados
—gritó el general, agitando unas medallas de oro
que tenía en el robusto pecho.

Y salió el general, seguido de todo el mundo,
menos del gobernador, Porota y Mimí, que reían
con regocijo. A poco empezaron a sonar unas
campanas. Eran miles de menudas campanas de
voces claras, parecidas a las de los cencerros de
las vacas de juguete.

—¿Qué es eso? —preguntó Porota.

—Todas las campanas cantan nuestro júbilo
—respondió el gobernador.

—¿Y no las escucharán los hombres? —preguntó Porota.

—¡Imposible! —dijo Pirulo—. De ellos nos
separa nada menos que toda la noche, que es
extensa y sabe guardar nuestros secretos.

Una ceremonia solemne

Al cabo de cierto tiempo, entró en
la sala un oficial de vistoso uniforme y anunció
desde el umbral:

—Los carros de guerra vienen de regreso,
Su Señoría. El pueblo ha salido a recibirlos. Se
dirigen a la plaza.

—Iré enseguida —murmuró Pirulo, invitando
luego a su hija y a Porota a que le acompañaran.

En las calles había un regocijo extraordinario. La noticia había corrido con la rapidez de un rayo de extremo a extremo de la ciudad, y nadie se había quedado en casa. Hombres, mujeres y niños, vestidos con sus trajes más bellos, llevaban flores de trapo y cantaban himnos de victoria y de júbilo. Cuando la multitud vio al gobernador, los aplausos estallaron. Pirulo señalaba a Porota.

Y de repente unos granaderos, a una indicación de Pirulo, tomaron en hombros a Porota y la llevaron triunfalmente por la ciudad, camino de la plaza.

Las ovaciones estallaron. Porota sentía su corazón alborotado de alegría indescriptible. Agitaba sus manos en todas direcciones, respondiendo a los saludos.

Y llegaron los carros en que los granaderos fueron en busca de los vampiros. Dentro de ellos había unos sacos. De ellos sacaron a los vampiros, con las patas desgarradas después de haber sido arrancados de la cola que los mantenía presos. Sonaron unos tambores. Ahora habían dejado a Porota en el suelo, rodeada de granaderos, y la muchachita todo lo miraba con grandes ojos. Pirulo se acercó a ella y le dijo:

—Dentro de unos instantes estaré a tu lado nuevamente. Ahora tengo que dar algunas órdenes.

Y se alejó. Porota vio que los vampiros, conducidos por unos soldados, fueron colocados al pie de unos árboles de curiosa forma. Eran de trapo y lucían unas hojas de un verde maravilloso. No cesaban de sonar las campanas. Y la gente



cantaba con entusiasmo. El bullicio, pues, era mayúsculo. Pero algo debió decir el gobernador, pues poco a poco se fue haciendo el silencio hasta llegar a ser profundo. Y se oyó la voz de Pirulo que se dirigía a su pueblo.

—Muñecos y muñecas de esta ciudad eterna —dijo—, aquí tenemos a nuestros enemigos vencidos para siempre. Nuestra salvadora es Porota y a ella debemos darle enseguida el título de Muñeca de Trapo Honoraria para siempre jamás. —Estallaron los aplausos, los vítores, los gritos de alegría.

—Pero en medio de nuestro regocijo —agregó el gobernador— se alza nuestro deber. Ha llegado el momento de la ejecución de los vampiros.

Sonaron los tambores y Pirulo volvió al lado de Porota.

—No me gusta ver correr sangre —dijo la muchachita.

—Nada temas —repuso el gobernador—. Los vampiros también están rellenos con aserrín.

Y no siguieron hablando porque en esos momentos unos fusileros experimentados se colocaban ante el grupo de vampiros y apuntaban.

Un oficial de grandes bigotes tenía levantada su espada de madera, vueltos los ojos hacia Pirulo. El gobernador guiñó de repente su ojo izquierdo y al instante bajó el oficial su espada. Dispararon los soldados. Fue un rumor leve, pero esto no impidió que las balas fueran muy efectivas, pues los vampiros se estremecieron. Lentamente se les fue desangrando el corazón de aserrín. Habían dejado de ser un peligro para siempre.

El pueblo estalló en grandes gritos. Los cadáveres de los vampiros fueron subidos en los carros y conducidos muy lejos, donde se les dio sepultura.

Entretanto Porota pedía que no la pasearan nuevamente en triunfo por la ciudad; pero no consiguió detener al pueblo, que le lanzaba flores, mientras los granaderos la llevaban en hombros hasta el palacio de la gobernación.

Cuando volvió la calma, Porota le dijo a Pirulo que temía que ya la noche hubiera pasado en el mundo de los hombres. El gobernador miró su reloj pulsera y contestó:

—Falta una hora todavía para que amanezca. Hay que darse prisa.

Y Porota, acompañada de Mimí, regresó en un coche muy veloz.

—¡Qué contenta me siento! —dijo Mimí por el camino.

Porota, sin contestarle, la abrazó tiernamente. También estaba contenta y no podía hablar de emoción recordando todo lo acontecido aquella noche.

Aquí termina nuestra historia

A la mañana siguiente, cuando se levantó don Pedro, el fabricante de muñecos de trapo, por casualidad miró hacia el estante de los vampiros. Al no verlos, se puso pálido.

—¡Oh, han entrado ladrones! —gritó—. ¡Me han robado mis vampiros! ¡Y yo tan confiado siempre!

Enseguida inspeccionó cuidadosamente toda su fábrica y advirtió que sólo habían desaparecido los vampiros. "Es curioso —pensaba don Pedro—. Los ladrones no se han llevado sino los vampiros, que nadie compra. No me lo explico."

Pero para evitar que a su fábrica volvieran a entrar ladrones, esa misma mañana hizo poner unas barras de hierro en la ventana y otra en la puerta. Además, se compró un revólver para sentirse más protegido.

Entretanto, Porota despertó llena de alegría



y se tomó el desayuno con un apetito devorador. Crujían las tostadas de pan entre sus dientes menudos. Mimí, en cambio, dormía hondamente. En su cara había una sonrisa de júbilo. Porota, sin despertarla, se inclinó sobre ella y la besó en la frente y en la nariz.

Y pasaron dos o tres días. Ahora no salían en las noches y se levantaban muy temprano. Mimí también jugaba con los gorriones, hasta que uno de ellos de repente la picoteó en una mejilla. Porota, al ver llorar a Mimí se enojó con los pájaros y los expulsó del jardín.

—Durante tres días no les daré migas —les gritó.

Pero una noche de repente apareció en los vidrios de la ventana del cuarto de Porota la señal del cochero. Mimí se levantó y le dijo a su amiga:

—Vienen a buscarnos.

Bajaron y se fueron alegremente a la ciudad de los muñecos. Y allí había una gran fiesta. En la plaza se habían colocado innumerables mesas para el más descomunal banquete popular que pudiera imaginarse. Porota fue sentada entre el gobernador y Mimí. Durante el banquete tocaron unas orquestas. Unas bailarinas danzaron. Un

coro de cuatrocientas voces cantó la canción de la ciudad de los muñecos de trapo. Después habló el gobernador. Se le confería a Porota, oficialmente, su título de Muñeca de Trapo Honoraria. Porota sonreía feliz.

Cuando terminó la gran fiesta, Porota le dijo a Pirulo:

—Me gustaría contarle todo esto a mi madre. Nunca le oculto nada.

—No te lo va a creer —dijo Pirulo—. Pero si quieres contar esta hermosa historia de nuestro pueblo, puedes hacerlo, Porota.

Y por eso, al día siguiente, después de almuerzo, Porota comenzó a contarle a su madre la curiosa aventura de que era heroína inolvidable.

—¡Qué imaginación tienes, Porota! —exclamó la madre riendo—. ¿Piensas ser novelista cuando crezcas?

—Soy Muñeca de Trapo Honoraria —dijo Porota llena de orgullo—. Lo que cuento es absolutamente verdadero.

Volvió a reír la madre y Porota se fue en busca de Mimí.

—No me ha creído —le dijo a su muñeca—.



Cree que es un nuevo juego mío.

—Así es la gente cuando crece —contestó Mi-mí—. Y por eso no nos entendemos nosotros con la gente grande.

—De todos modos, le he contado la verdad —dijo Porota—. ¡Y qué ganas tenía de no callar nuestra aventura!

—En adelante —murmuró Mimí— iremos una vez al mes a la ciudad de los muñecos. El viaje es largo y no podemos hacerlo todas las noches. Tú tienes que dormir.

—Y tú también, Mimí. Porque no te perdonaría que fueras sola. Si voy una vez al mes a la ciudad de los muñecos, lo mismo harás tú.

—Te lo prometo —dijo Mimí, sonriendo graciosamente.

Y así fue, efectivamente. Una vez al mes llegó Porota con Mimí a la ciudad de los muñecos de trapo. Y siempre se las acogió con alegría.

—¡Escudo de la dicha! ¡Salvadora nuestra! —exclamaba Pirulo, abrazando a Porota.

Y la muchachita estaba encantada de que la quisieran los muñecos tanto como la querían sus padres y todos sus vecinos.

Nació en Santiago el 19 de septiembre de 1901. Su vocación literaria se manifiesta tempranamente durante su vida escolar, en el colegio San Juan Bautista de Lasalle. A los 18 años publica su primer libro de poemas: *Senderos*, y a los 19 se incorpora a la redacción de la revista *Zig-Zag*, donde aparecen sus primeros cuentos.

Junto a escritores de la época, publica en 1928 la revista *Letras*. Entre 1932 y 1934 se desempeña como asesor literario de la Editorial Zig-Zag, cargo que luego sirve en la Editorial Ercilla. En ambas cumple una importante labor de traducción de grandes autores europeos, facilitando su difusión en Chile. Al mismo tiempo inicia su labor de crítico literario, que continuará durante toda su vida.

En 1935 contrae matrimonio con Elena Petit Marfán, con quien tendrá un hijo —Emilio—, actualmente un gran matemático.

En 1946 funda la Editorial Rapa Nui, destinada a publicar sólo libros para niños. En ella entregó libros como *El choroy de oro*, de Mariano Latorre; *Cocorí*, de Joaquín Gutiérrez; *Guauguau y sus amigos*, de Luis Durand, y, sobre todo, *Papelucho*, de Marcela Paz. Como muchos escritores no le entregaban a tiempo los libros, el propio Hernán del Solar empezó a escribirlos. Para que su nombre no se repitiera demasiado, se inventaba seudónimos: Bat Palmer, Ricardo Chevalier, Juan Cameron y muchos otros. Pese a la rapidez con que creó estas obras, varias de ellas están entre las más entretenidas y bien escritas de la literatura infantil chilena: *Las aventuras de Totora*, *La Porota*, *Mac*, *el microbio desconocido*, *Kid Pantera*, *Cuando el viento desapareció*, *El crimen de la calle Bambi*, y no menos de otros treinta títulos...

En 1952 es designado profesor de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Ese mismo año publica *La noche de enfrente*, que incluye algunos de los mejores cuentos escritos en Chile.

En 1968 obtiene el Premio Nacional de Literatura y al año siguiente es elegido miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua.

Murió en Santiago el 22 de febrero de 1985.